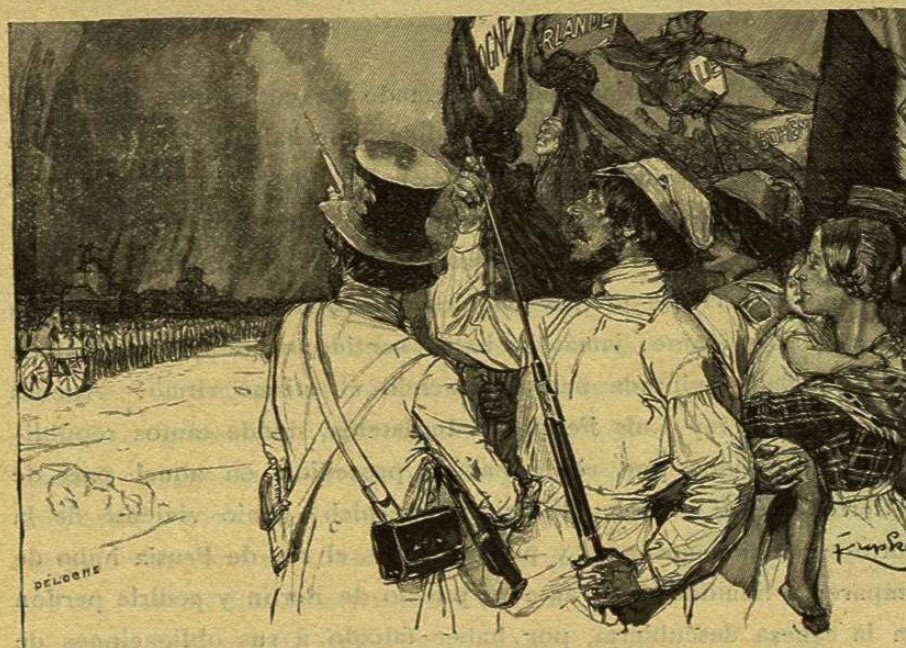


Húngaros proclaman al fin la igualdad de las razas; 11 Agosto, Gœrgei se convierte en dictador y capitula el 13 en Vilagos.

1849. 9 Febrero, ROMA proclama la República; los Franceses desembarcan en Civita-Vecchia el 24 de Abril y, á pesar del motín del 13 de Junio en París, toman Roma el 30 de Junio.

— FLORENCIA se revoluciona desde el 16 de Febrero al 25 de Mayo. — 23 Marzo, los Austriacos derrotan á los Piamonteses en Novara. — 1.º Abril, toma de Brescia y matanza.

1849. 28 Marzo, el rey de Prusia es elegido emperador de Alemania por el parlamento de Francfort; rehusa el 28 de Abril. — 20-30 Junio, combates en el país de Baden. — 23 Julio rendición de Rastadt, el 27 Agosto de Petrovaradin, el 28 Agosto de Venecia, el 27 Septiembre de Komorn.



LAS NACIONALIDADES

La palabra «socialismo» la entienden todos como «la lucha por el establecimiento de la justicia entre los hombres».

CAPÍTULO XVIII

REVOLUCIÓN DE 1848 EN FRANCIA Y EN EUROPA.
 SONDERBUND. — SOCIALISMO Y SOCIALISTAS. — JORNADAS DE JUNIO.
 LUCHAS EN ALEMANIA. — INSURRECCIÓN HÚNGARA.
 SUBLEVACIONES EN MILÁN, VENECIA Y ROMA. — IMPERIO.
 CUESTIÓN DE ORIENTE. — GUERRA DE ITALIA.
 LA CHINA Y LAS POTENCIAS. — LOS TAIPINGS.
 TRANSFORMACIÓN DEL JAPÓN. — LA EUROPA EN INDO-CHINA.
 INSURRECCIÓN DE LOS CIPAYOS.

EL cambio político al que la historia ha dado el nombre sonoro de «Revolución de 1848», merece, en efecto, ser puesto de relieve entre los acontecimientos del siglo XIX. Si los resultados aparentes fueron poco duraderos, al menos en Francia, donde estalló la chispa del incendio; si el derrumbamiento del trono representativo de la burguesía francesa dió lugar en menos de

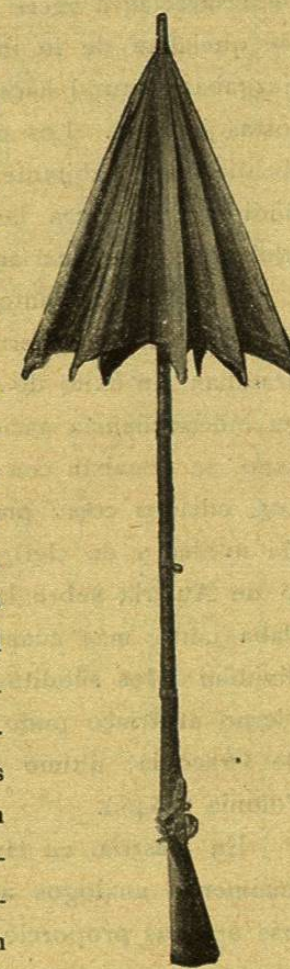
un año al restablecimiento de un estado de cosas que, de hecho, era el imperio napoleónico, la sacudida, por haber ocurrido en un período en que el mundo se hallaba en muchos países en una situación de equilibrio muy inestable, se propagó rápidamente de reino en reino hasta extenderse á todo el mundo. Jamás la solidaridad, consciente ó inconsciente de los pueblos, se había manifestado de una manera más evidente; jamás se había sentido mejor que la vida de la humanidad civilizada batía siguiendo el mismo ritmo. Apenas desembarcó el rey Luis Felipe en Inglaterra, donde tantos republicanos perseguidos por él le habían precedido en aquel país de destierro, fué á unírsele el viejo Metternich, genio viviente de la contra-revolución europea, y poco después el rey de Prusia hubo de comparecer humildemente ante su pueblo de Berlín y pedirle perdón con la cabeza descubierta, por haber faltado á sus obligaciones de soberano constitucional.

De rechazo, Alemania y las provincias no germánicas que gravitaban á su alrededor se hallaron más profundamente conmovidas que Francia: en este país, donde la cuestión de la unidad nacional no había ya de ser discutida, nadie agitaba la idea de federación, mientras que el voto unánime de todos los Alemanes se dirigía á la constitución de una gran patria sustraída á la dominación y á la rivalidad de los Estados directores, Austria y Prusia. El caos á que se llamaba la «confederación germánica» había sido embrollado por esos dos «malos pastores» y por los diversos príncipes y principúlos entre quienes se hallaba repartido el imperio. El conjunto de los territorios se complicaba por *enclaves* y *desclaves* entremezclados, que hacían del laberinto de los Estados y de sus próximas ó lejanas dependencias un dédalo conocido solamente de algunos especialistas. La falta de unidad política determinada había producido la formación de gran número de pequeños centros, de focos independientes que conservaban su carácter original á cada parte de la comarca; pero las líneas divisorias entre los diversos Estados quedaban confusas y sin precisión alguna. Sin embargo, á cualquier pequeño principado que se perteneciera, y aunque se viviera en paz, en rivalidad ó en guerra, la nacionalidad alemana permanecía fijada por la lengua originaria: el Bávoro se tenía por Ale-

mán como el Sajón, el Austriaco del Danubio era tan Germano como el Westfaliano del Ruhr ó del Wesser.

Una vez borrados todos los antiguos límites geográficos por las vías de comunicación y las grandes concentraciones urbanas, se halló que Alemania estaba naturalmente, en su misma esencia, mucho más unida que los países vecinos artificialmente unificados. El conjunto, á pesar de sus divisiones políticas, presenta un cuerpo más espontáneamente nacional que la misma Francia, desde Bretaña á Provenza y desde la Flandes liliense al país Vasco. La extrema diversidad política de los Estados alemanes podía suscitar un juicio equivocado sobre el hecho de la unidad profunda de las poblaciones, pero el primer acto de la revolución general fué proclamar la unidad del mundo germánico. A este respecto, el movimiento popular se acercó á la obra deseada mucho más que lo hizo después el imperio alemán reconstituído. Según la Constitución que votó por entusiasmo el «parlamento preparatorio» de Francfort, todos los Estados de lengua alemana se unían por un lazo federal y se hacían representar en Francfort por una asamblea salida del sufragio universal: el indigenato pertenecía de derecho en cada parte de Alemania á los naturales de todos los Estados; todas las aduanas interiores quedaban suprimidas; las monedas, los pesos, las medidas se hacían comunes; el ejército y la armada debían proceder en lo sucesivo de la gran patria. Verdad es que esas decisiones no fueron sancionadas por la realidad, y sólo dieron lugar á una vana ostentación, porque las revoluciones se emprenden por dos veces y no alcanzan su objeto sino por vías indirectas.

Al mismo tiempo que los Alemanes, las diversas nacionalidades oprimidas por el reino de Prusia ó por el imperio de Austria,



Museo Carnavalet.
FUSIL-PARAGUAS
DE GUARDIA NACIONAL

Tcheques, Polacos, Rutenos, Eslovenos y Eslovacos, Croatas, Italianos y Rumanos, y por último y principalmente los Magyares, reivindicaban su independencia con ardor. Pero los sentimientos se entremezclan á veces de manera extraña, y aquellos mismos que más se quejaban de la injusticia con ellos cometida por sus opresores, juzgaban natural hacerse obedecer por pueblos de otras razas y de otras lenguas. Los más celosos patriotas que impulsaban á la rebeldía á los habitantes germánicos del Holstein y del Schleswig, se indignaban contra las pretensiones de Dinamarqueses, Polacos ó Bohemios que querían librarse del yugo alemán.

Precisamente entonces las poblaciones eslavas reposaban después de una terrible guerra civil. Mientras los Polacos de la Poznanía trataban sin éxito de sublevar los campesinos para la reconquista de su independencia nacional, los campesinos de Galizia, de origen ruteno, se armaban con sus hoces para perseguir á los señores polacos, odiados como propietarios, y se calcula en dos mil el número de nobles y de clérigos que asesinaron. La dominación de Prusia y de Austria sobre las provincias polacas anexionadas se consolidaba tanto más cuanto mayores eran los odios tradicionales que dividían á los súbditos. Debido á esas disensiones locales, el gobierno austriaco pudo suprimir la autonomía política de la república de Cracovia, último resto de lo que fué el poderoso Estado de Polonia (1846).

En Austria, en Hungría y en la Eslavia del Sud se produjeron fenómenos análogos á los de los países polacos, pero en mucho más amplias proporciones. El caos de las nacionalidades se agitaba en aquellos países en remolinos de movimientos desiguales y contrarios. En la misma época Praga, Viena, Pest y Zagreb (Agram) estaban en insurrección; no había ni una aldea del sudeste de Europa hasta las puertas de Stamboul que no estuviera sublevada ó poseída de la febril esperanza de alguna gran transformación. Es indudable que si todos los oprimidos de diversas razas hubieran sabido concederse sus derechos mutuos y reunirse contra el opresor común, hubiesen triunfado de los gobiernos tradicionales, aplazando para después el arreglo equitativo de sus diferencias; pero los odios sociales, más vivos aún que el amor de la libertad y de la auto-

N.º 446. Confederación germánica.



1 : 10 000 000

0 100 250 500 Kil.

El rayado horizontal limita la Confederación germánica (1820-1866), cuyo único órgano común era la Dieta residente en Francfort, que reunía los delegados de 36 Estados: Austria, Prusia, Baviera, Sajonia, Hannover, etc.

Los países dependientes de monarcas alemanes, pero que no formaban parte de la Confederación, están en blanco en el mapa: Prusia del Trans-Oder, Hungría, Croacia, Lombardía, etc.

Los puntos abiertos indican las ciudades donde se produjeron sublevaciones en 1848 (véase *Noticia histórica*, pág. 141); los puntos negros son en su mayor parte lugares en que se dieron batallas: C = Custozza; N = Novara; D = Donauschingen; R = Rastadt; Ka = Kapolna; G = Godollo; V = Vacz y Nagy-Sarlo; P = Petrowaradin; Ko = Komorn; B = Berna; L = Lucerna.

mía política, impidieron esa unión. Los señores magyares y polacos, habituados al mando y al goce de la fortuna, no podían admi-

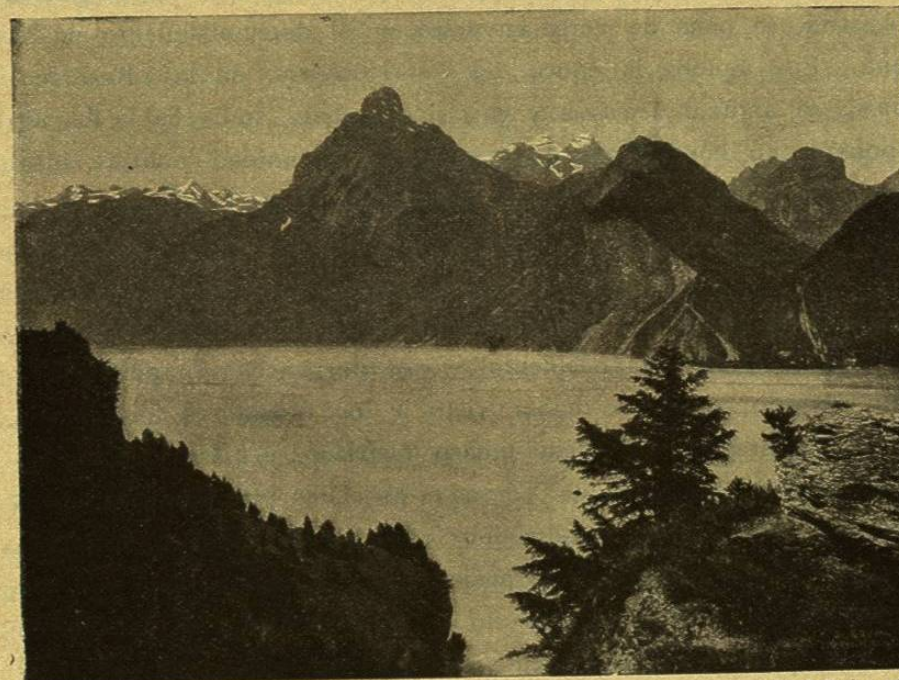
tir que sus campesinos rumanos, servios, croatas ó rutenos, que vivían bajo el peso del desprecio hereditario, fuesen admitidos como iguales en la participación de la victoria.

Escasos eran los hombres inteligentes y generosos, verdaderos intérpretes de la historia, que comprendían que la estrecha solidaridad entre todas las razas que aspiran á constituirse libremente era condición indispensable del éxito. Se dice que antes de entrar en lucha abierta con los Magyares, el patriarca Raietchitch, en nombre del Congreso nacional de los Servios reunido en Karlovic, propuso á los representantes de Hungría un concierto amistoso, en virtud del cual los Magyares consentirían en la unión fraternal de los Eslavos austriacos, mientras que éstos exigían el llamamiento de todas las tropas eslavas empleadas en Italia por el gobierno de Austria y negociar una alianza con el pueblo italiano, comprometido á la sazón en la gran lucha del *Risorgimento*¹. Pero las ambiciones nacionales predominaron: los Magyares quisieron á la vez conquistar su autonomía y conservar su dominio. No habían llegado aún los tiempos para la solución natural, la única normal y lógica, es decir, la federación libre entre todas las nacionalidades de la Europa sud-oriental, desde Praga á Constantinopla.

En la pequeña Suiza tuvieron lugar también acontecimientos memorables que atestiguan la omnipotencia de la opinión contra las convenciones diplomáticas. Los jesuitas, hábiles siempre para tejer sus telas de araña, habían logrado buena acogida en cierto número de cantones y apoderarse de la educación de los niños en Lucerna y otras ciudades católicas. Siendo inteligentes para negociar, se habían creído también con fuerza para combatir, y bajo su patronato se había constituido la liga del *Sonderbund* — «Alianza distinta» —, que comprendía los siete cantones católicos de Schwitz, Lucerna, Uri, Unterwalden, Zug, Friburgo y Valais (1846). Después de largas vacilaciones y contemporizaciones, el resto de Suiza acabó por aceptar el desafío y triunfó de las bandas que dirigían los clérigos. La campaña duró pocos días (Noviembre 1847) y co-

¹ A d'Avril, *La Servie chrétienne*, p. 77.

gió desprevenidos á Metternich, Guizot y otros ministros, que hubieran prestado ayuda á la religión. Sin embargo, la diplomacia europea hablaba todavía de intervención, cuando se tuvo noticia de la nueva revolución que acababa de estallar en París. Al día siguiente, 29 de Febrero, los ciudadanos de Neuchatel se desembarazaron del personaje que gobernaba el cantón en nombre de Prusia, y, á pesar de toda la diplomacia de Europa, hacían reconocer su independen-



Cl. J. Kuhn, edit.

LAGO DE LOS CUATRO CANTONES
Rama meridional, vista desde el Este.

cia política y la abolición de todo señorío feudal prusiano. Tales acontecimientos tuvieron por resultado dar á Suiza mayor unidad política, pero en detrimento de las autonomías locales. Se había roto el poder de los jesuitas, pero en beneficio del Estado: la confederación de los Estados se había convertido en un Estado confederativo.

En Italia, como en Suiza, la Revolución había comenzado ya á conmover el pueblo de diversas provincias, en Lombardía, en Sicilia, antes que el rumor de París se oyera al otro lado de los Alpes;